



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

REFLEXIONES PARA UN DEBATE SOBRE LA RESPONSABILIDAD EN EL FUTURO DE NUESTROS JÓVENES

Ph.D. Jaime Carmona

Decano Facultad de Psicología
Fundación Universitaria Luis Amigó
E-mail jcarmona@funlam.edu.co

Para hablar sobre nuestra juventud y su destino, quizás un buen punto de partida sea empezar por lo que se ha llamado el conflicto generacional o la lucha generacional. Cuando se habla de esto normalmente se enfatiza en las dificultades que tenemos los adultos para comunicarnos con los jóvenes en nuestro esfuerzo de llevarlos por el buen camino, y lo indóciles y contestatarios que suelen ser estos últimos. Este es, naturalmente un aspecto de la lucha generacional. Pero quisiera que abordáramos otro aspecto un poco más radical y problemático, me refiero a la ambivalencia de nosotros los adultos hacia los jóvenes. Todos sabemos que la ambivalencia es la presencia simultánea del amor y la hostilidad. Empecemos hablando de nuestra hostilidad hacia los jóvenes. Empecemos reconociendo que esta hostilidad tiene una razón que no depende de las generaciones, ni de las épocas, y que siempre va a estar presente, a pesar de unos y otros.

En todas las épocas, geografías y clases sociales, los adultos regimos los destinos de las grandes y pequeñas estructuras que organizan el mundo: los Estados, las empresas, las instituciones y las familias. Los jóvenes son quienes llegan, sin haber hecho mérito alguno, a disfrutar y usufructuar el producto del trabajo de sus mayores y de la humanidad en su conjunto.

No solo eso, con su exhibición impúdica de vitalidad, perseveran en recordarnos a los adultos que, gracias a la matemática implacable del envejecimiento, querrámoslo o no, con méritos o sin ellos, llegarán a ser, inexorablemente, quienes gobiernen los destinos del mundo y con él a nosotros, sus mayores, que tarde o temprano seremos viejos y vulnerables.

Los jóvenes, también encarnan esa misteriosa forma de la verdad que es la belleza, algunos de ellos hasta límites casi intolerables, que pueden paralizar el entendimiento, desposeer a otro de la voluntad, e incluso conducirlo a lo peor.

Con respecto a la otra cara de la ambivalencia, la amorosa, los jóvenes son una fuente inapreciable de regocijo para nosotros sus mayores: padres, docentes y mentores, ya que nos permiten disfrutar como propias sus conquistas y experimentar esa forma excelsa y humana por excelencia de la dicha, que es ser feliz con la felicidad del otro. Con frecuencia los jóvenes terminan convertidos en la única razón de existir de sus mayores, en la única esperanza de una vejez digna o incluso, de una subsistencia mínima. Y lo peor aún, lo saben.

Por ello, los jóvenes son destinatarios de múltiples discursos: la educación que trata de prepararlos para la tarea de vivir, la publicidad que trata de poner la capacidad juvenil de consumo para mantener aceiteada la maquinaria del mercado, el discurso moral que procura mantenerlos por el buen camino, la industria de los diagnósticos, los fármacos y las terapias.

Entre tanto los jóvenes, con su tierna ferocidad y su gracia despótica, siguen encarnando cada día, -con el mero hecho de levantarse cada mañana y estar en el mundo-, la más rotunda afirmación de la vida y, también, con frecuencia, los más desenfadados y descarados juegos con la muerte. Padecen y gozan, sin preocuparse demasiado por comprender, el mundo que les tenemos preparado los mayores y se las arreglan siempre, independientemente de su condición social y personal, para transformar cada situación en una ocasión para la risa, el disfrute y la aventura. El joven, es por excelencia, un niño grande, en el mejor sentido, un ser que juega.

El iniciar la reflexión con esta referencia a la ambivalencia de los adultos, tiene la intención de advertirles a los jóvenes que, a pesar de que ellos saben que los queremos, los adultos no somos totalmente confiables, ya que también existe una lucha generacional y que ellos son la punta de la lanza de la generación que viene anunciándonos que un día nos desplazarán de nuestro lugar. Con este telón de fondo vamos a examinar cuatro imágenes que los adultos hemos construido sobre los jóvenes, para tratar de entenderlos, intimidarlos, seducirlos e incluso manipularlos.

La primera de ellas la calificaremos como “victimizante”, es la imagen del joven como víctima: de las inequidades de una sociedad imperfecta y cada vez más compleja, de las instituciones con sus contradicciones y secretas infamias, que lastiman su sensibilidad y dañan su ser, de sus familias que con sus violencias físicas y simbólicas los empujan a veces a lo peor, de las figuras parentales que quizás nunca se preguntaron la diferencia entre tener hijos y ser padres.

La segunda imagen, opuesta a la anterior, la llamaremos “victimarizante”, es la imagen del joven victimario: de sus padres a quienes tiraniza con exigencias incumplibles y recriminaciones injustas, con chantajes afectivos minuciosamente calculados, es la imagen del joven que dice con altanería que no pidió venir al mundo y con ese sofisma justifica cínicamente el merecimiento de quien tiene muy claros sus derechos y no quiere saber de sus deberes, es el joven que mira a sus docentes como siervos y les dice expresamente o con gestos inequívocos, que no son para él maestros o mentores de ningún futuro deseable, sino obreros de la enseñanza a quienes les pagan por hacerlo aprender, y ellos tendrán que ver como lo hacen, es el joven indolente que desprecia de manera olímpica un legado social y cultural que acaso no comprende, ni se esmera por comprender, y que exhibe con desparpajo y arrogancia su voluntad de goce.

La tercera imagen es la “patologizante”, la imagen del joven como una especie de enfermo y síntoma social al que hay que tratar. La palabra adolescencia que designa la entrada en la juventud viene de adolecer que significa caer enfermo, padecer o poseer un defecto. Esta imagen patológica del inicio de la juventud acentúa el elemento de desajuste propio de este

período y lo convierte en un elemento dominante que se generaliza como si fuese su esencia misma. El joven es visto y mostrado como un desadaptado perturbador del orden social, que se convierte en objeto de toda clase de pruebas diagnósticas y terapias y se desarrolla en torno a él toda una industria del ajuste. Ejércitos de profesionales de las ciencias sociales y humanas se preparan todos los días en las universidades para detectar e intervenir las posibles desviaciones en el campo educativo, afectivo, del lenguaje, social y vocacional, entre otros, y para intervenirlos con toda clase de métodos. Los jóvenes se vuelven objeto de sospecha permanente y cada vez son más frecuentes en las instituciones educativas la aplicación de genogramas afectivos, test de inteligencia, de aptitud vocacional y toda clase de instrumentos para la detección temprana de todo tipo de trastornos. El lenguaje del mundo educativo comienza a psiquiatrizarse y algunos maestros entusiastas empiezan a jugar con tono solemne a ser los médicos de sus estudiantes y a ver por todo lado los T.D.A., los T.D.H. y a citar el D.S.M.

La cuarta imagen es la “idealizante”. Esta imagen nos muestra el joven como el “divino tesoro”, la esperanza de un mundo nuevo, el ser puro y limpio que todavía no ha sido contaminado por la maldad que habita el corazón de los adultos. Esta imagen nos muestra la juventud como la época de la generosidad ilimitada, en la que todavía se puede conservar intacta la capacidad de construir ideales y luchar por ellos, la época de la entrega desinteresada a las mejores causas, en la que todavía no ha germinado en el ser humano el cálculo mezquino del mundo de los adultos, época de la fiesta de la amistad, la sensualidad, de la capacidad de soñar mundos nuevos y hacerlos habitables, época de la lucidez que todavía no ha sido obnubilada por las derrotas y los fracasos que algunos llaman la experiencia. Podríamos decir que cada una de estas imágenes es válida y dice algo acerca de la juventud, y seguramente podríamos construir otras que también dirían algo de los jóvenes.

Esto nos permite hacer una primera constatación: la juventud es un período de la vida tan rico, tan complejo y tan multifacético, que todas estas imágenes y otras más son válidas para describir al joven. Más aún podríamos decir que casi todos los jóvenes alternan estas dimensiones de su ser. En un vínculo pueden padecer la arbitrariedad y la injusticia y en otro ser déspotas implacables, en contexto pueden comportarse como sociópatas y en otro

desplegar toda su capacidad de trabajo y creatividad en función de las mejores causas. Más aún, un mismo joven en un mismo vínculo con otro, puede alternar en el tiempo estas dimensiones de su ser, a veces puede pasar de una a la otra de una manera súbita. Esta es una de las características de la Juventud, la multidimensionalidad, la alternancia de identidades, incluso la coexistencia de dimensiones contradictorias de su ser. La tendencia a la unidimensionalidad y a la síntesis es una necesidad y una característica más propia del mundo adulto.

Si bien hay jóvenes en los que se patentiza más claramente una de estos cuatro cuadros: el de la víctima, el victimario, el sintomático y el creativo y laborioso, no es recomendable apresurarse a convertir estas imágenes en una teoría esencialista del joven. Sí existe algún período de la vida en la que el ser humano es susceptible de devenir otro es justamente la juventud. Digámoslo de esta manera, en todo joven existe, de manera potencial un tirano, una víctima, un sociópata y un ser comprometido con la vida y la construcción social, de una manera genial o modesta.

La importancia de poner sobre la mesa estas cuatro imágenes sobre la mesa es hacer un examen crítico de ellas, y especialmente interrogar los aspectos problemáticos que tiene generalizarlas para referirse a la juventud. La imagen victimizante es eficaz para culpabilizar y manipular a los adultos, y tiene el problema de des-responsabilizar al joven que se puede entrapar en ella y justificar la pasividad y el conformismo. La imagen victimarizante es eficaz para increpar, interrogar y responsabilizar a los jóvenes, pero tiene el riesgo de producir una visión esencialista y dejar de lado el papel del contexto y los otros actores sociales en los rasgos problemáticos de la juventud, por ello suele ser de muy buen recibo por parte de los adultos. La imagen patologizante des-responsabiliza al joven y a los adultos de las problemáticas de los jóvenes, pero no gratuitamente, el precio es poner a adultos y jóvenes a merced de los gabinetes de profesionales y sus ofertas de terapias y servicios. La más peligrosa de todas es la imagen idealizante, porque nubla la capacidad crítica y favorece con ello la manipulación.

Con esta idea podemos pasar a otra pregunta importante que se refiere a los contextos que favorecen la expresión de unas u otras dimensiones del ser

de los jóvenes. Vamos a iniciar este apartado con la mención de algunos rasgos que aparecen acentuados en algunos jóvenes de nuestra época y los elementos del contexto que los promueven.

El primero de estos rasgos lo llamaremos “la provisionalidad”, que se manifiesta de una manera acentuada en los vínculos amorosos. Apelando a una conocida metáfora sobre el amor que se apoya en los estados de la materia, podríamos decir que hay amores sólidos, líquidos y gaseosos. Los sólidos son aquellos que conservan una forma más o menos definida a lo largo del tiempo y que por su consistencia suelen servir de base para la construcción de instituciones como la familia o, en todo caso, de proyectos de largo aliento. Los amores líquidos son aquellos que toman la forma que les impone el contexto, así como el líquido toma la forma del recipiente en el que se vierte. Los cambios de forma no implican cambios en su esencia, densidad y en su peso específico. Son amores que permiten la expresión y la experiencia amorosa en tiempos y circunstancias en los que no son propicios los amores sólidos. Los amores gaseosos son aquellos fugaces, inaprehensibles, que pueden ser tremendamente intensos, pero que se caracterizan por su volatilidad y en ocasiones por su carácter explosivo. Las relaciones casuales, los *affaires*, y los contactos fugaces y anónimos, incluso las distintas formas de los llamados romances virtuales entran dentro de este tipo de amores gaseosos.

Podríamos decir que entre los jóvenes actuales es notoria una mayor disposición y facilidad para este tipo de relaciones amorosas fugaces, lo cual es la expresión de ese rasgo más generalizado que denominamos la provisionalidad y que se expresa también en otras esferas: la académica, la laboral, las relaciones de amistad y, en general, con sus proyectos de vida. Ante este rasgo podríamos hacer un discurso esencialista, patologizante e incluso moralizante, que lo mostraría como una expresión de frivolidad, podríamos incluso hacer comparaciones inútiles con paraísos perdidos en que los jóvenes amaban, trabajaban, estudiaban y vivían a largo plazo. Pero también podemos interrogarnos sobre los factores del contexto actual que propician, condicionan e, incluso, reclaman esa provisionalidad.

Podríamos decir que el mundo se volvió provisional antes que algunos de nuestros jóvenes. Instituciones como la familia, la educación y el trabajo, en torno a las cuales gira la vida de todo ser humano, han ido perdiendo la solidez que las caracterizó hasta hace unas décadas, se han ido diluyendo y volatilizando. En ese sentido podríamos decir que la provisionalidad de los jóvenes les permite afrontar con mayor facilidad las rupturas inminentes a las que están expuestas actualmente las familias, los cambios radicales de paradigmas en el campo educativo que los obliga cada tanto a desaprender algo que habían interiorizado como una verdad última, para darle lugar a otra verdad igualmente provisional, y la precarización y alta inestabilidad del mundo laboral actual, que demanda de los jóvenes una disposición permanente a la transitoriedad. Una persona hecha para un mundo sólido quizás no soportaría el vértigo del mundo que, cada vez más le corresponde vivir a nuestros jóvenes.

Otro rasgo muy vinculado con el anterior, pero que también tiene su propia especificidad es el desarraigo, que tiene su expresión en el desapego por los lugares y los objetos, pero que también tiene su expresión en el campo de las ideas, los ideales, las pasiones, e incluso en el campo de la identidad. Los hombres y mujeres que vivieron su juventud cuando la tierra era más firme, construyeron su identidad cimentada en un origen, una patria, unas ideas religiosas y políticas arraigadas, unos principios y pasiones perseverantes, y una alta valoración de las identidades consistentes y radicales, es decir con raíces. El desarraigo es otro rasgo que inquieta y escandaliza en algunos de nuestros jóvenes actuales, pero también, cada vez más, en otras poblaciones etáreas. Se manifiesta en la falta de apego a un lugar de origen, a ideas, ideales, incluso a la identidad misma, hasta en el campo sexual. La transexualidad y el travestismo, son solamente expresiones en el campo de la identidad sexual, cada vez más presentes en el campo social, que no tienen que ver necesariamente con patologías, si no que responden un fenómeno más generalizado, que se expresa en diferentes esferas de la experiencia. Tiene que ver con que la identidad, incluso la sexual, es una construcción social, que está sujeta a los mismos avatares que las demás identidades. Lo que encontramos actualmente, y que se expresa con mayor fuerza en algunos jóvenes, lo podríamos denominar de una manera general como una carencia de anclajes identitarios, lo cual se manifiesta en la facilidad con la que se cambia de

profesión, de ideología, de religión, de filiación política, de nombre, de sexo, y hasta de cuerpo, podríamos hablar incluso de un desarraigo con respecto a la imagen física. Este rasgo de desarraigo quizás llegue a convertirse en una condición de adaptación y supervivencia en un mundo en el que la tierra se volvió árida, y solamente pueden subsistir aquellas plantas de los desiertos que no requieren echar raíces. Nuevamente debemos admitir que el desarraigo, más que una expresión de la incapacidad de perseverar o una muestra de banalidad, bien puede ser la respuesta a determinaciones que provienen del contexto social de nuestra época.

Otro rasgo de la época, también íntimamente vinculado con los dos anteriores, es la levedad, esa palabra que tan bellamente usa Milan Kundera para el título paradójico de su libro: “La Insoportable levedad del ser”. Quizás una de las formas del malestar de nuestra época sea justamente lo pesado que resulta, el que nuestro ser se esté volviendo tan terriblemente liviano. Otra manera de nombrar este rasgo es la falta de gravedad, en el sentido psicológico de la expresión. En el argot juvenil de nuestro medio existen neologismos que dan cuenta de este fenómeno. Expresiones peyorativas como “intenso” y “empelculado” se usan entre los jóvenes, con diversas acepciones, una de ellas es rechazar a las personas graves e insistentes que perseveran en una idea o ideal o que tienen una visión más o menos fija del mundo.

Quienes acusan a los jóvenes actuales por este rasgo de la levedad, no tienen en cuenta que, a menudo la ironía, la risa, e incluso la banalidad misma, son recursos para hacer más llevadero el absurdo y la depresión que queda en el mundo después de la caída de los grandes ideales. El siglo XX dejó al mundo sumido en una resaca amarga, después de la embriaguez que despertaron las utopías tecnológicas, políticas y de algunas ideologías religiosas y laicas.

Muchos científicos, líderes religiosos y políticos del siglo XX, bien pudieron haber seguido el buen ejemplo del Rey Edipo, el Héroe griego que luchó por salvar a la Ciudad de Tebas de la tragedia y terminó constatando que él era el causante de la tragedia de Tebas. Tras ello se sacó los ojos y se dedicó a deambular el mundo como un mendigo. Los grandes dirigentes del siglo XX y sus mentores, que se inventaron genocidios que nadie había imaginado, que jugaron al ajedrez con todas las vidas del planeta, que convirtieron la tierra en

un inmenso supermercado con un basurero todavía más grande, todavía nos están debiendo un gesto reparador semejante.

Algunos de los movimientos juveniles actuales, como las tribus urbanas, se caracterizan justamente por rechazar los ideales con mayúscula, por descreer de los grandes profetas y discursos como la política, la ciencia y, en general, los discursos que anuncian la fórmula para construir un mundo mejor, que en el siglo XX gozaron de una elevada legitimidad. Es notorio, en estos enigmáticos movimientos, la desconfianza ante las buenas nuevas, las tierras prometidas, los desarrollos sostenibles, las utopías políticas, las bondades de los milagros de las ciencias, el valor liberador del saber y las mañanas radiantes en las que iniciará un mundo nuevo.

Es posible que en buena medida, la levedad y la inconsistencia que caracteriza las ideologías de algunos movimientos juveniles actuales y la banalidad deliberada, más generalizada en otros jóvenes, sean respuestas, no necesariamente justificables, pero sí al menos comprensibles, ante el profundo escepticismo en el que quedó el mundo después de los derrumbamientos de algunas de las grandes promesas e ideales del siglo XX.

Una muestra de ello es que en este momento nos resulta ciertamente embarazoso a nosotros los adultos confrontar a un joven por su falta de gravedad. Siempre estamos condenados a quedar desnudos y desarmados, cuando nos interrogue por el lugar desde el cuál le hacemos este cuestionamiento.

Antes de abordar la última idea de esta reflexión, debemos advertir que estos tres rasgos: la provisionalidad, el desarraigo y la levedad, se expresan de una manera particularmente exacerbada y negativa en algunos jóvenes, pero no son necesariamente un síntoma, ni un defecto que se deba moralizar o convertir en un estigma. Tampoco hay que asumirlas como un destino inexorable de todo joven actual, ni características exclusivas que no puedan convivir con otras, incluso con sus opuestas.

Es por ello que en el mundo académico, en un mismo salón de clase podemos encontrar algunos chicos neonehlistas de tribus urbanas, otros

chicos para los cuales el mundo no se ha desencantado ni los grandes ideales han caído, otros desencantados y sin ideales, sin saber por qué; otros neoconservadores que de manera perseverante, sostienen como pueden, valores e ideales sin el contexto en el que ellos emergieron y tuvieron su validez; y, otros, que se resisten al escepticismo y cultivan perseverantemente las letras, las artes y las ciencias y, con un entusiasmo espontáneo y sin pretensiones mesiánicas, hacen lo que pueden para construir cada día su mundo, que es también el de los otros, y hacerlo digno y deseable.

Esta diversidad de respuestas, que no pretende ser exhaustiva, nos muestra que las condiciones históricas y sociales, en las que vivimos los seres humanos no son leyes astronómicas ciegas que conduzcan a los cuerpos a seguir órbitas inexorables. Todo lo contrario, las condiciones histórico sociales definen unas coordenadas que nos imponen a los actores, especialmente a los jóvenes, una tarea de desciframiento y de toma de posición y, quiéranlo o no, asumir las consecuencias de sus acciones y sus elecciones.

Pero esta reflexión también nos concierne a nosotros los adultos, los que todavía regimos las familias, las instituciones y los Estados que organizan el mundo en el que viven nuestros jóvenes, esos que nos despiertan a la vez amor y hostilidad, fascinación y rechazo, esos seres encantadores y extravagantes que, querrámoslo o no, son quienes van gobernar el mundo que ahora nosotros gobernamos. Las implicaciones de esta reflexión son tanto más elevadas, cuanto más elevado sea nuestro lugar en el edificio social y se pueden traducir en dos preguntas:

¿Qué porción de responsabilidad nos corresponde a cada uno de nosotros en el mundo en el que se están formando nuestros jóvenes y cuales son las dimensiones de su ser que estamos propiciando fomentando?

¿Qué está haciendo cada uno de nosotros, -aparte de cumplir, como podemos, nuestros roles de padres, maestros, funcionarios o empresarios-, para crear las mejores condiciones para el desarrollo de nuestro los jóvenes?

Medellín Julio 28 de 2009